

Un relato escrito por Gonzalo Rodas Sarmiento, perteneciente al libro "La iglesia adolescente".

Fray Arnaldo

Debo haber tenido unos diez años cuando murió la Hermana Clara. Era una figura muy querida, y lo sigue siendo, por cierto. Recuerdo muy vivamente la emoción que percibí en mi madre, aquella vez. Fue entonces que me decidí a entrar a la comunidad de los Hermanos Menores, los de Francisco, pero tuve que esperar casi siete años para poder hacerlo.

Ya había pasado los treinta de edad cuando me remeció otra muerte franciscana. La de Buenaventura, un hombre joven, lleno de vida, que estaba haciendo un trabajo valiosísimo en el Concilio. Muchos dicen que lo envenenaron. Tiendo a pensar eso mismo, pues tras su repentina muerte, el Concilio se desinfló. Imposible saber quién puede haber perpetrado ese magnicidio. Por ese tiempo, yo estaba empezando a ser presbítero, y me estuve cuestionando mucho, hasta que logré asimilar bien la enseñanza de Francisco: A la Iglesia hay que renovarla desde adentro, y con amor. Si no, no se puede.

Con motivo del funeral de Buenaventura, conocí al dominico Albert, un obispo alemán que había sido su maestro y amigo. Tuve oportunidad de conversar con Albert. Me ayudó mucho su manera de conciliar la sabiduría humana y la fe divina.

Bastante después de mis cuarenta años tomé contacto con Pedro Olivi, franciscano también, y muy activo en la defensa del ideal de pobreza de Francisco. Es un tema complicado, hoy en día, cuando muchos franciscanos, a quienes llamamos "conventuales", han decidido dejar de lado esa pobreza, que consideran exagerada. Y no sólo la pobreza, sino también otros aspectos esenciales del testamento de Francisco.

Olivi está siendo muy atacado por los conventuales, quienes son bien recibidos por la jerarquía. Ésta ha prohibido leer los escritos de Olivi. Dicen que es la cabeza de lo que llaman secta supersticiosa. Un seguidor suyo, Tomás de Tolentino, un muchacho joven, estuvo encarcelado por más de dos años.

Este tipo de cosas se estaban viviendo cuando entablé amistad con Ángela, prima lejana mía, nacida en Foligno. Es una amistad desprovista de cualquier intento erótico, por supuesto. Lo que nos une es una inquietud espiritual. Ella es un poco menor que yo, pero mucho más alta y robusta.

En un breve lapso de tiempo, hace ya varios años, Ángela perdió a su madre, a su marido y a sus hijos. Se encontraba en estado de gran confusión cuando un día se le ocurrió asistir a misa a la iglesia de San Feliciano, en Foligno, donde yo estaba presidiendo esa eucaristía. Quiso Dios que en aquella mañana yo estuviese inspirado, y mi homilía resultase buenísima. Puedo decirlo sin falsa modestia, porque el que me

sopló fue el Espíritu Santo. El caso es que Ángela quedó tan impresionada que se me acercó a la salida.

-Hola prima -la saludé.

-Fray Arnaldo, quiero confesarme.

Pues, fuimos al confesionario y ella empezó a hablarme de su vida, hasta terminar con llanto. Al final, se sintió consolada, y me adoptó como su director espiritual.

Cierta vez, Ángela me preguntó, respecto a la comunión:

-Si Dios está en mí, ¿por qué estoy yendo a recibir a Dios?

-La única manera de saberlo es que se lo preguntes a Dios directamente.

Varios días después ella sintió, efectivamente, la respuesta de Dios: "Una cosa no excluye la otra". Así me lo contó, y empezó a comprender lo que significa ser infinito.

-Si pudiera, iría a comulgar todos los días -manifestó entonces.

Ángela ingresó a la Orden Tercera y aprendió oración contemplativa, para la cual tiene gran facilidad. Progresó mucho, a tal punto que la insté a anotar todas esas palabras de Dios que ella sentía.

-Para que no se te olviden -le dije.

No tuve mucho eco porque ella no es aficionada a escribir. Me daba una pena atroz que la enseñanza divina se le escapara como agua entre los dedos. La mente humana no es capaz de retenerla sin ayuda de un papel y un lápiz. Le hablé de esto, en todos los tonos. Por último accedió a revelarme el contenido de su vida mística para que yo lo escriba.

Así empezamos a hacerlo. Nos juntamos una vez por semana en la iglesia de San Feliciano. A la vista de la gente, porque si no, murmuran.

Una vez, Ángela participaba en una escena teatral en la plaza. Se estaba representando la pasión de Cristo, y ella figuraba como una de las mujeres piadosas. Le habían dicho que tenía que llorar, sin embargo, lo que le pasó fue que se desmayó.

-Muchos deben haber pensado que eché a perder la representación -me comentó después.

-Al contrario -la tranquilicé-. En ti se dio una dimensión más real que el simple llanto.

En eso, apareció el joven Ubertino de Casale, que está de visita por estos lados. Es un Hermano Menor, seguidor de Pedro Olivi.

-Ven, Ubertino -lo llamé, y le presenté a Ángela. Ya le había hablado de ella antes, cuando él me pidió que le enseñara la oración contemplativa.

-¿Yo...? -exclamé en esa ocasión-. Te llevaré hacia la persona indicada.

Y aquí estamos, listos para programar unas pocas clases.

-Ángela -le pedí-, por favor, ¿puedes instruir a este joven que quiere entrar en la vida mística.

Ella se impresionó, pero no tardó en asumir su rol de maestra. A los pocos días, Ubertino ya tenía que volver a Florencia. Así lo hizo, muy bien preparado, pero antes quiso contarme algo, en gran secreto. Caminando en el campo, lejos de cualquier ser humano, y además en voz baja.

-El mes pasado visité a Juan de Parma.

-¿Qué? -pregunté, alarmado- ¿Te escuché bien?

-Sí, Arnaldo. Te lo cuento a ti, pero por favor, no se lo vayas a decir a nadie.
-No se lo diré a nadie. Puedes estar seguro.
-Pedro me dijo dónde encontrarlo. Fui disfrazado de panadero.
-No me digas dónde está Juan, mira que si me atrapan los torturadores..., prefiero no saberlo, simplemente.
-De acuerdo. Además, prometí no decir lo del lugar de escondite.
-¿Y cómo está Juan?
-Está muy bien de salud, a pesar de su vejez, pero... triste. Él quisiera salir.
-Lo comprendo.
-¡Arnaldo...! Considera esto como secreto de confesión. ¿Ya?
-Sí. Anda tranquilo.

Muchos meses después volvió a mi pensamiento esta conversación que había tenido con Ubertino. Fue hace poco, cuando el franciscano Girolamo Masci asumió la jefatura de la Iglesia. Fue discípulo de Buenaventura, y también fue Superior de nuestra Orden. Como Papa, adoptó el nombre de Nicolás, igual que lo había hecho otro Papa anterior, muy distinto a él. Me refiero a Giovanni Gaetano Orsini, que había sido Inquisidor General, después de haber estado interviniendo a nuestra Orden, como supuesto "protector". No me explico por qué a ambos, tan opuestos, les vino bien el nombre de Nicolás.

Bueno, el caso es que el Papa Masci, con la mejor intención, y creyendo que tenía más poder del que tuvo realmente, absolvió de toda culpa a Juan de Parma. Y le encargó una misión conciliadora con la iglesia oriental. Juan se puso muy contento, y se dirigió hacia Ancona, para embarcarse con destino a Grecia. Lo hizo con gran cuidado ya que, de todos modos, era prudente tratar de no ser detectado por algún secuaz de los inquisidores. Pasó a comer algo a un pueblito llamado Camerino, luego de lo cual se sintió mal, y murió al poco rato.

No sé si tengo derecho a ser mal pensado. Sólo sé que sospecho la presencia de una mano negra.

* * *

Poco después de la muerte de Juan de Parma, me trasladaron a Asís. No deja de ser bello estar en la ciudad de Francisco y Clara, pero lamenté tener que interrumpir la anotación de la experiencias místicas de Ángela.

Llevaba yo más de un año en Asís cuando sucedió algo notable en el templo de San Francisco. Estando muy cerca de ahí, escuché una bulla que venía desde el atrio, visitado por un grupo de peregrinos de Foligno. Una mujer daba gritos, en plena crisis de llanto, mientras varios Hermanos trataban de sujetarla. Acudí corriendo.

-¡Déjenla! -grité.

Al instante ella empezó a tranquilizarse, porque... me reconoció. Era Ángela. La llevé a una orilla y allí nos sentamos a que me explicara qué le estaba pasando. Lo hizo de una manera poco serena, diciéndome que entró en una especie de éxtasis cuyo gozo se terminó de repente por motivos desconocidos.

Cuando terminó de tranquilizarse me despedí de ella, prometiéndole que muy pronto volveré a Foligno, pues yo estaba tratando de conseguir eso.

El ansiado traslado me resultó meses después. Partí hacia Foligno, muy contento. Eso fue bueno porque me permitió continuar el trabajo con Ángela. Me gustaría que resultara un libro de todo esto.

Me reuní con Ángela para reanudar las anotaciones, pero primero conversamos. Me contó que al llegar de vuelta a Foligno, esa vez, se quedó en cama una semana completa porque se sentía como apaleada. Y cuando se atrevió a salir a la calle, con la chica que la acompaña, ésta vio que Ángela se ponía como transfigurada. La chica se asustó, pero después todo pasó, y siguieron caminando.

En otra ocasión, en la misa ocurrió una cosa extraña. Cuando levanté la hostia en la consagración, todos se hincaron, como hacen siempre, pero en cambio, Ángela corrió hacia adelante. Siempre se emociona mucho en esa parte de la misa.

En nuestras reuniones de trabajo me propongo hacerla hablar. Su voz, a veces es fuerte, otras veces es suavecita. Para mí, es necesario conocer todo, ponerlo por escrito, examinarlo. No coloreo nada, pues su sabiduría no es fruto de estudio ni de pensamiento, sino de inspiración divina. Aunque sus palabras hubieran tenido poca belleza literaria, igual están muy bien para el documento que estamos elaborando.

Al final de cada sesión le leo lo escrito, para ver si está conforme. Muchas veces he tenido que soportar sus enérgicas quejas cuando algo le parece mal. Es que yo no puedo sentir lo mismo que está sintiendo Ángela. Por ese motivo, tampoco lo puedo escribir. Me limito a poner en el papel lo que ella dice, pero esa poca cosa no es lo esencial. Es sólo un nombre que ella intenta dar a cosas que no lo tienen. Así, el escrito está resultando con limitaciones. Hacemos lo que podemos pero, tratándose de Dios, no tenemos manera de visualizar el fondo.

Cierta vez, Ángela pidió al Señor una señal milagrosa. Después se dio cuenta de que la cosa no iba por ahí. Dios le ha dicho "Las señales que te doy son más valiosas que el obsequio buscado por ti. Te regalo sentir siempre el Amor cálido".

Los dos entendimos con claridad el mensaje.

-Murió Cunegunda -me contó una vez Ángela.

-¿Quién es Cunegunda? -pregunté, un poco avergonzado por no saber.

-La que fue reina de Polonia.

-¡Ah! Ya recuerdo. Ella quedó viuda y se retiró a un pueblito, y fundó un monasterio de Damas Pobres de Santa Clara.

-Sí. Y mucho más que eso. Tuvo una vida ejemplar.

-Su vida se parece un poco a la tuya.

-No, Arnaldo. Nunca fui reina, ni he tenido una vida ejemplar.

-Pero, después que murió tu marido dejaste salir tu religiosidad.

-Pero ella la dejó salir mucho antes.

-Está bien, Ángela. Lo triste es que no existe Sumo Pontífice en la Iglesia.

-¿Y eso, a que viene?

-Pues, si hubiera habido uno, habría podido destacar la santidad de Cunegunda.

-¡Ah! A propósito de eso, hace ya varios meses que murió el Papa Nicolás, y...

-Y aún no se vislumbra la elección de uno nuevo.

-¿Qué está pasando ahí?

-Lo que pasa es que hay pocos cardenales. Además, casi todos ellos pertenecen sólo a dos familias. No han logrado llegar a un acuerdo. Si fueran tres familias, todo sería más fácil.

-Quiera Dios que pronto se pongan de acuerdo.
Por ese día, no seguimos trabajando. A la semana siguiente le pregunté, una vez más:

-¿Qué has visto?

-Vi la plenitud. No la sé describir. Escuché palabras de dulzura, que se alejaron suavemente.

Cuando esa divina presencia se alejaba, Ángela gritó "No me abandones".

La presencia le dijo "Nunca te alejarás de mí". Ángela le preguntó "¿Y si cometo pecado mortal...?". La divinidad le contestó "No fue eso lo que quise decir".

A veces, Ángela mostraba a un Dios que maldecía, o que, al menos, mantenía muy escondida la misericordia. Yo le discutía, porque sé que eso no puede ser. Entiendo que es algo muy particular de ella, por las enseñanzas que ha recibido en la vida. Tuve que escribir eso porque es el libro de ella, en que ella enseña su manera de contemplar, y la forma cómo fue aprendiendo. El libro es meritorio, por sus aspectos grandiosos que quiero salvar para que no se pierdan. Cada cual tomará de él lo que lo haga vibrar.

Hace un mes tuve que ir a Lombardía con otro fraile, por motivos pastorales. Durante el camino conversamos cosas, algunas bastante profundas.

-¿Por qué Dios decidió crear al hombre?

-¿Y por qué permite que pequemos?

-¿Por qué no nos hizo virtuosos?

-¿Y por qué su muerte con sufrimiento nos salva?

Como no teníamos respuestas satisfactorias, decidí preguntarle a Ángela, y así lo hice, en cuanto llegué. Le repetí las preguntas varias veces, para que no se le olvidara alguna.

A la semana siguiente, llegó con las respuestas:

-Me acosté en el suelo -me explicó-, mirando hacia abajo, para hacer esas preguntas. Al final, no me di cuenta cómo me fui levantando, poco a poco, hasta empinarme con los brazos hacia el cielo. El Señor me respondió en forma muy clara.

-¿Qué te respondió? -exclamé, ansioso porque ella estaba en silencio.

-Que la persona humana necesita sentir la bondad.

Me quedé pensativo, buscando en mi interior la relación entre esa respuesta y la inquietud mía. Ángela volvió al silencio.

-¿Y algo más? -pedí, en voz baja.

-El Señor me dijo que no necesitaba morir ni sufrir para salvarnos.

-¿Y..., qué más dijo?

-Me mostró que la verdad no tiene un comienzo ni un final.

-Vi más respuestas -agregó Ángela para terminar- pero no las puedo expresar...
Me faltan las palabras.

* * *

Por dos años estuvo vacante la sede papal. Hasta que un fraile benedictino de 80 años, llamado Pietro Damarrone, envió un mensaje a los doce electores instándolos a la sensatez. A los pocos días Pietro recibió la visita de unos obispos, embajadores del

cónclave, notificándole que había sido elegido Sumo Pontífice. Se resistió un poco, pero tuvo que acceder. Se puso por nombre Celestino.

Me sentí muy contento, porque imaginé que, por fin, terminaría la persecución a los franciscanos "espirituales".

Cuando recién tenía unos 30 años, Pietro se había ido a una montaña y se quedó en una cueva, dedicado totalmente a la oración. Acudían muchos a consultarle. Le animaban a que recibiera el sacerdocio, a lo que accedió, un tiempo después. Así transcurrió su vida, y ahora, ya anciano, se ha visto obligado a cambiar drásticamente su forma de vivir. Montado humildemente en un borriquillo entró en Aquila, como Jesús en Jerusalén. Una vez que estuvo coronado, se fue al Palacio Real de Nápoles e hizo construir una cabaña dentro de sus habitaciones para vivir mejor la soledad.

Efectivamente, el Papa otorgó un buen trato a los "espirituales", hasta donde pudo, con el ánimo de restaurar una iglesia pobre, pero encontró duros obstáculos. El rey de Nápoles intentó influir en sus decisiones, a veces con éxito. Por otra parte, Celestino no tenía las capacidades que se requieren para manejar una Curia intrigante e indómita. En particular, entró en conflicto con uno de los poderosos de la Curia, llamado Benito Gaetani, el más prepotente.

Pietro estuvo sólo tres meses y medio como Papa. Renunció. Nunca se supo cuan libre fue su decisión de dejar el pontificado. Gaetani leyó el acta de abdicación, con disimulado júbilo. Dicen los rumores que él mismo había redactado el escrito.

Con mucha presteza se eligió a Gaetani como nuevo Papa. Adoptó el nombre de Bonifacio, se trasladó a Roma, y revocó las reformas que había alcanzado a hacer el Papa Celestino. Éste intentó retirarse a tierras helénicas, pero fue detenido. Bonifacio dispuso que Pietro hiciera vida de oración y penitencia en el castillo de Monte Fumone, del cual no se le permitió salir nunca más. Allí murió Pietro, al poco tiempo.

Bonifacio es un hombre de carácter fuerte, tremendamente autoritario y conflictivo. Con él, los franciscanos "espirituales" empezamos a sufrir nuevamente. Muchos, de entre los más activistas, se fueron a Grecia, buscando refugio.

Los conventuales volvieron a tener mucho peso. Por esa razón, se me prohibió ver a Ángela. Le encargaron a un fraile joven, recién entrado, que me reemplazara en la redacción del libro. A él le tocó transcribir unas visiones de la pasión del Señor. Lo hizo con un lenguaje poco cuidado.

Cuando recuperé mi lugar, unos meses después, mantuve en el libro lo escrito por este muchacho. No modifiqué nada, porque no pude comprender mucho del contenido, y porque el pobre fraile aprendiz hizo lo que pudo..., yo lo comprendo. Debe haber sido muy duro para él.

Ángela quería destruir esos textos, porque esas visiones de la Pasión fueron dolorosas para ella. La dejaron en mal estado de ánimo. Yo insistí en dejar todo tal cual. Comprendí que fue bueno que las cosas se hayan dado así como se dieron. Ahora, el libro ya podía seguir. Creo que servirá para que sus futuros lectores aprendan a contemplar.

Continué mi trabajo con Ángela, y también siguieron, por cierto, nuestros ocasionales desencuentros.

Una vez, ella preguntó a Dios si es más grande conocer la divinidad en uno mismo o a través del entorno. La visión que me dio me resultó incomprensible, pero

hacía sospechar que a Dios se le conoce mejor a través de la bondad recibida desde otros, cuando se la siente en uno mismo.

"Claro", reflexioné, "el entorno ha sido creado por Dios..., incluyendo al prójimo". Quise saber más respecto a este tema tan importante que ella estaba tocando en su oración. Sin embargo, me dijo que no tenía nada más que agregar.

Insistí en que me dijera un poco más, pues no le creí que no tuviera nada. Ella se enojó, y yo dejé la pluma para no tomarla más..., por ese día. Estaba muy molesto. Creo que me pilló en un mal pie, debido a alguna frustración que yo había tenido.

El mal genio se me pasó muy pronto, cuando me enteré que Ramón Llull entró a nuestra comunidad de Hermanos Menores. Es un poeta misionero, que ha viajado mucho, tratando de aproximar el cristianismo a la cultura árabe.

Seguí trabajando con Ángela. Me enseñó a hacer la señal de la cruz. ¿Cómo...? Que no hay que hacerla de prisa, sino atender primero a cómo estoy tocando mi frente, y después, poner mi mano sobre el corazón, y darme el tiempo para sentir el amor, en ese momento lo que siento es la presencia divina.

Al final, surgieron enseñanzas notables. Por ejemplo, eso de que en algunas ocasiones la persona cree hallarse en el amor, pero está en el odio. Y eso otro, de la persona espiritual, en riesgo de caer en el engaño si se siente excesivamente segura de sus capacidades, que en realidad son limitadas.

-Dios abraza el alma, con un amor y una dulzura increíbles -me dictó Ángela;- nadie lo puede entender si no lo experimenta.

Con esto, quedó completo el libro, en lo relativo a la oración de Ángela. Empecé a tener más tiempo para mi propia oración, y también para adiestrar a los Hermanos que han ingresado hace poco.

Por ese tiempo, murió la Hermana Margarita. La historia me la contó uno de esos frailes nuevos, proveniente de Cortona. Esta Margarita era hija de un agricultor que muy pronto quedó viudo, siendo ella una niña chica. No se llevó bien con la madrastra que tuvo. Optó por escapar de casa, adolescente aún, apenas tuvo un hombre con quien irse. Vivió feliz con él, hasta que lo mataron unos asaltantes. Desde entonces, Margarita se dedicó a hacer la caridad. Se fue a Cortona y fundó un hospital. Vivió como terciaria la segunda mitad de su vida.

Otra muerte que lamenté mucho fue la de Pedro Olivi. Dejó una gran cantidad de escritos, los cuales corren peligro, ya que nuestros superiores quieren quemarlos. Con toda la rapidez que pude me fui a Florencia, y me las arreglé para encontrar algunas de sus obras. Las saqué a escondidas, y así logré salvar unas pocas.

La vida siguió transcurriendo. Dos años después ocurrió otra muerte, lamentable por la forma en que se dio. La Inquisición hizo quemar en la hoguera a Segarelli, el que fundó la comunidad de los Hermanos Apostólicos. Es cierto que ésta cayó en desgracia por tener, no sólo el ideal de la pobreza, sino también el rechazo a someterse a la autoridad eclesiástica. Para la jerarquía, todo esto fue demasiado. Sin embargo, yo no creo que se justifique condenar a muerte al hombre que está en esa situación. Ni menos en esa forma cruel, por medio del fuego, como un infierno anticipado. No tenemos derecho. A mí, esto me violenta, pero no puedo decirlo si no es en voz muy baja.

Para reafirmar este abuso, el Papa Bonifacio emitió una Bula afirmando que sólo son posibles la salvación y el perdón si la persona está sometida al Papa.

Bonifacio ganó muchos enemigos a causa de su modo tiránico. Muy especialmente entre los reyes, pues intentó ponerles la bota encima. Tan odiado era este Papa, que un grupo armado atacó la sede papal y se llevó a Bonifacio. Lo mantuvo secuestrado hasta que dos días después otro grupo armado logró liberarlo. El Papa quedó en muy mal estado físico, y murió poco después.

Mientras tanto, el libro de Ángela siguió creciendo, pero sin mi participación. Le agregaron cartas y exhortaciones. Finalmente, el libro fue aprobado por una comisión de Hermanos teólogos.

En cambio, a Ubertino de Casale se le prohibió enseñar, y los superiores lo obligaron a retirarse al convento de Alverna. Al final, resultó mejor porque Ubertino ocupó el tiempo en escribir su obra mayor, una colección de teorías alegóricas relativas a la sociedad.